

EL HECHICERO Y LA FORTUNA.

Comedia de mágia en tres actos y en verso, *original de* D. Antonio Mallí, *para representarse en el teatro de Novedades*, *el año de* 1861.

PERSONAJES.

ALMERINDA, 18 años.	SEGISMUNDO.
HORMESINDA, 28 id.	LA FORTUNA.
RUFA, 17 id.	EL MÁGICO NEGRO.
D. JUAN, 22 id.	UN CABEZUDO.
D. RAIMUNDO, 60 id.	MONTAÑÉS 1.º
RUFO, 23 id.	ID. 2.º
AVENNAY, 70 id.	ID. 3.º
ALFALFA, 30 id.	

Montañeses, Gigantes. Enanos, Cabezudos, Soldados españoles, Soldados moros, Verdugos, Eunucos, Ninfas, Angeles, etc. etc....

La escena es en tiempo de D. Pelayo.

ACTO PRIMERO.

Selva en todo el foro. Casa rústica de labranza á la izquierda del espectador. La accion empieza al rayar la aurora.

ESCENA PRIMERA.

SEGISMUNDO, *solo.*

SEGIS. Abre sin ningun temor.
Soy tu amigo Segismundo;
vengo á evitarte un peligro.
RAIM. (*de dentro*) Bien: no te haré esperar mucho;
pero aguarda que me vista;
no tardo ni dos segundos.
SEGIS. Pobre viejo; la noticia
que voy á darte, calculo
que te llenará de angustia.
Tú que no has visto mas mundo
que estos llanos y montañas;
y que pesares ningunos
has padecido, ahora errante
irás buscando los muros
de una ciudad populosa,
donde puedas mas seguro
vivir, con esa familia
que hace tu dicha, Raimundo.

ESCENA II.

dicho y RAIMUNDO.

RAIM. Buenos dias nos dé Dios.
SEGIS. El te colme de favores.
Querido amigo, en el mundo
hay amargas aflicciones,
y es necesario gran alma
para resistir los golpes
de la veleidosa suerte;
tú eras rey de aquestos montes:
á tí, y á todas tus gentes
Dios colmó de bendiciones,
porque has sido de una huérfana
protector próvido y noble.
RAIM. Es verdad, la pobre niña,
de su edad en los albores,
perdió un padre, y yo un amigo,
la protejí desde entonces,
y Dios bendijo mi hogar.
Dijo el Hacedor, que al pobre
vistamos y alimentemos,
porque él luego nos corone.
Pero á qué tales rodeos?
Revela la pena enorme
que me aguarda; nada encuentro
que la mente me trastorne,
mientras no deje mi hogar;
mientras que mire esos montes;
mientras contemplen mis ojos
esos bellos horizontes,
y mientras vea á mi hijo
sano y fuerte como un roble;
habla, sácame de dudas.
SEGIS. Pues lo quieres, valor y óyeme.
Estas tierras, bendecidas
por el que guia los orbes,
muy pronto serán taladas
por árabes invasores.
RAIM. Qué dices?
SEGIS. Lo que es verdad;
ya los buenos españoles
en torno de don Pelayo

se agrupan, y todos corren
á arrojar de estas campiñas
á los árabes feroces.
Ya están cerca de nosotros;
ya los resoplidos se oyen,
conque bomitando espuma
lanzan sus bravos trotones;
ya estás advertido; sálvate;
lleva á tu familia, donde
libre la veas de infames;
adios, y si él nos acorre,
aqui nos encontraremos;
yo corro por esos montes
á animar á los valientes.
Volad, animosos jóvenes,
á estinguir á la morisma
como buenos españoles.
Un abrazo, amigo mio.
RAIM. Dios nuestra causa corone. (*vase.*)

ESCENA III.

RAIMUNDO.

RAIM. Ah! Por qué la ancianidad
me impide esgrimir mi acero?
Yo á lidiar fuera el primero
por la patria y libertad.
Déspota tirano, infiel,
no tememos tu vil saña;
Dios otorgará á la España
la corona de laurel.
Juventud, parte cual rayo;
te ampara la Providencia;
vé á salvar tu independencia
conducida por Pelayo. (*llamando dentro.*)
Arriba; hijo mio; sal
á este sitio apresurado:
armas ciñe de soldado,
y muestra aspecto marcial.
El llanto mi rostro baña...
mas no es llanto de egoismo,
es llanto de patriotismo!
Vivan Pelayo, y España.

ESCENA IV.

RAIMUNDO, D. JUAN, RUFO, ALMERINDA *y* RUFA.

JUAN. Qué ha pasado, padre mio?
ALMER. Padre adoptivo, qué fué?
RUFO. Temblando me desperté...
RUFA. Ay Jesús, que escalofrio!
RAIM. Hijos, se acabó la paz
que dichosos disfrutamos:
hoy es preciso que huyamos.
JUAN. De huir yo no soy capaz.
Ya sé que los sarracenos
en Gijon han penetrado;
y hasta aqui se han internado
invadiendo esos terrenos;
pero sé que tengo acero,
y que he nacido español;
y ni aun del fuego del sol
retroceder jamás quiero.
En vez de huir á esconder
ignominiosa la frente,
al campo, honrado y valiente
iré á morir ó vencer.
Levantáos, campesinos,
cual si fueseis solo un hombre,
y que de Cristo en el nombre
venzamos los beduinos.
Padre, voy á preparar
la fuga de la familia;
ya veis todo se concilia;
luego marcharé á lidiar.
Asi el honor se acrisola:
arriesgando la existencia,
por salvar la independencia
de la nacion española.
ALMER. No te dejarán partir
ni tu padre ni tu amada;
sin tu presencia adorada
no pudiéramos vivir;
qué fatalidad!! Mañana
íbamos á desposarnos,
y hoy debemos separarnos!
Detenle... suerte inhumana?
RAIM. No, hijo mio; parte, parte;
que aunque mi pecho te adora,
no hagas caso si ella llora...
vé luego al campo de Marte.
Si mueres, habrá dos tumbas
que á los dos encierre al cabo;
vé; y antes que ser esclavo,
hijo, quiero que sucumbas.
JUAN. Adios, padre de mi alma;
prometida esposa, adios;
pronto vendré ante los dos
ceñida mi sien de palma.
Pero antes voy á buscar
nuestros honrados vecinos;
esos buenos campesinos
vuestra fuga han de amparar.
Vuelvo con ellos; pensad
que aun otra vez nos veremos;
luego nos separaremos;
pero no importa, alentad.
Marcharé con fé y valor;
el cielo será mi guia;
la victoria será mia,
no tengais ningun temor;
adios, *Sús*, á mi presencia
llegad, campesinos buenos,
perezcan los sarracenos,
y viva la independencia.

ESCENA V.

Dichos, menos DON JUAN.

ALM. Dios le guie.
RAIM. Si, él le ausilia.
Vé tú tras él diligente.
RUFO. Hace aquí falta un valiente
que defienda á la familia.
RAIM. Marcha y calla; has tu deber.
RUFA. Señor, si se vá mi Rufo,
tambien con él yo me afufo.
RUFO. Oh, incomparable mujer!
Tierna novia, entre las tiernas.
Oh! no te apures conmigo,
que si encuentro al enemigo..,
tengo yo muy buenas piernas.
RUFA. Ay! adios... Fieros destinos!
RUFO. Cuando íbamos á casarnos!
RUFA. Y tener que separarnos!...
RUFO. Cuidame bien los gorrinos.
Rufo se vá, *Rufa* mia;
ya sé que es una *Rufada*,

pero *Rufo* no se enfada
por la *Rufosa* manía,
mas *Rufo* y *Rufa* enlazados
por los *Rufosos* destinos,
á *Rufiadas* los *Rufinos*
dieran al mundo *arrufiados*.
adios, *Rufa*; ya me afufo;
ya vés, tu *Rufo* se afufa.
adios, ya no tendrás, *Rufa*,
Rufinitos de tu *Rufo*. (*vase*.)

ESCENA VI.

Al marcharse Rufo *por donde se fué* Don Juan, *óyese algazara por el lado opuesto.* Raimundo *detiene á* Rufo.

Raim. Detente; somos perdidos!
Ven, y lidiando muramos;
á estas pobres defendamos
valientes y decididos.
Rufo. Pueden matar á don Juan
y es preciso que me ausente;
le hace allí falta un valiente...
venza usted al musulman.
Haga solo maravillas;
siembre estragos, ruina, fuego,
vierta usted sangre... que luego...
yo vendré por las morcillas, (*vase corriendo*.)
Raim. Solo yo!... Id y escondeos.
Rufa. Ay Rufino de mi vida!
Alm. Señor, huid presuroso.
Raim. Ya es imposible, hija mia.
Venid, yo os esconderé;
y si luego á fuerza viva
quieren pasar...
Voces (*dentro*.) Mueran, mueran.
Raim. Aprisa, por Dios, aprisa.
(Se las lleva corriendo y cierra la puerta por dentro.)

ESCENA VII.

Gran turba de moros, algunos de ellos con teas encendidas; entre ellos Avennay *y* Alfalfa.

Aven. A sangre y fuego entremos por do quiera;
no haya piedad; la sangre á borbotones
corra de los feroces montañeses
que resistencia á nuestras fuerzas ponen.
A esa puerta llamad; ó echadla abajo.
Alf. Abrid los campesinos... No responden...
Aven. Pues abajo con ella, y que perezcan
todos sus escondidos moradores.
(Los moros violentan la puerta; sale Raimundo con la espada en la mano, y se bate con los moros, los cuales le desarman.)
Raim. Quien osáre tocar á aquesa puerta
caerá sin v da.
Aven. Débil barrera opones!
Pronto, matad á aquese viejo
y entrad á viva fuerza.
Raim. Dios que me oyes,
dame un momento tu poder supremo.
(*se baten y Raimundo pierde terreno*.)
Cedo, no puedo mas!
(*en el suelo*.) Quién me socorre?
Nadie acude hasta mí? Nadie me ampara?
Qué veo, eterno Dios! Viles, traidores;
no os lleveis á esas pobres inocentes.
(Los moros, que entraron, sacan á las dos mujeres desmayadas; Raimundo quiere apoderarse de ellas, y dice Avennay.)
Aven. Dadle muerte... Yo mismo...
Raim. Infame!...
Aven. (*lo hiere de muerte*.) Corra
su sangre aleve en onduloso arroyo;
vosotros id, y coronad los montes.
Alguien se acerca; fuego á ese recinto.
(Los moros prenden fuego á la casa.)
En su auxilio se acercan españoles;
que perezcan tambien.

ESCENA VIII.

Dichos, Don Juan *y* Rufo.

Juan. Padre del alma!...
Raim. Hijo del corazon!... Esos feroces
robaron á Almerinda, y... yo fallezco...
Vénganos... y... ay de mí!
Juan. Perros traidores!
Todos juntos venid, yo os desafio!
Oh, desesperacion! Llegad veloces,
campesinos valientes, y perezcan
estos bárbaros ya! Fortuna, dónde,
dónde te encuentras que tan mal me tratas?
Yo te maldigo pues!
(Abrense las rocas del foro y aparece la Fortuna.)
Fort. Incauto jóven,
para que veas cuán ingrato eres
con quien acaso con pasion te adore,
mira lo que hago con tus enemigos.
Desataos, elementos destructores;
truene la tempestad, rayos desciendan;
lluvia de fuego caiga en las legiones
de estos hijos de Alá!
Aven. Perezcan ellos.
Venid acá, valientes campeones.
Juan. Padre, venganza!
Fort. Mira su castigo,
y tu alma lacerada alegre goce.
(Cae una espesa lluvia de fuego sobre los moros que huyen desvandados. Entonces Rufo tira de su espada y los sacude sablazos á derecha é izquierda. Truenos, rayos, etc. La escena queda despejada de moros; cesa el furor de los elementos. A las nubes negras que oscurecieron el horizonte, suceden otras azules y sonrosadas. El sol ilumina la escena. Rufo se queda limpiando la espada.)
Rufo. Como un héroe me he portado.
Dos mil cabezas corté!
quién me tose á mí, quién? Eh!
Yo nací para soldado.
Juan. Gracias, Fortuna; mas veo
mi padre en tierra tendido:
venganza!!
Fort. Sea conducido
á la mansion del recreo.
(Baja una nube trasparente de estrellas, ninfas y ángeles, y estos, despues de llegar al suelo, colocan en la nube á Raimundo. Las ninfas arrojan flores sobre su cadáver y se elevan con él. Durante esta ceremonia, una luz blanquísima ilumina la escena, y se oye una música lejana y mística.)
Juan. Adios, adios, padre mio;
vuela á la eterna morada,
que yo muy pronto confio
en dar á tu cuerpo frio
la venganza deseada.

Fortuna, sé tú mi guia,
me han robado cuanto amé!
Cuán padece el alma mia!...
Dime, cuando será el dia
que yo diga, me vengué?
Mas no, tu favor no quiero;
no te enojes si esto digo;
que quien nació caballero,
debe vencer con su acero
en combate á su enemigo.
Antorcha de mi esperanza,
ilumina mi camino;
sé mi faro en lontananza,
y haz que encuentre á su asesino;
quiero venganza, venganza!!!

FORT. Con fuerza no vencerás;
con la astucia has de vencer;
mas pues decidido estás,
marcha, y si me has menester,
llámame, que me hallarás.
Entra por esa abertura.

RUFO. Y yo, por dónde entraré
con esta triste figura?

JUAN. Y por aquí encontraré
á Almerinda?...

FORT. Qué locura!!
Yo te quiero á tí salvar,
pero á Almerinda...

JUAN. La adoro.

FORT. Antes te debes vengar;
despues, yo te haré encontrar
á tu perdido tesoro.

JUAN. Sabes donde está?

FORT. Lo sé.

JUAN. Quieres dirigirme?

FORT. No.

JUAN. Cómo he de hallarla?

FORT. Con fé.

JUAN. Quién puede encontrarla?

FORT. Yo...

JUAN. La salvarás?

FORT. Lo veré.

JUAN. Qué he de hacer?

FORT. Tener confianza.

JUAN. En quién?

FORT. En mí, solamente.

JUAN. Con que ya tengo...

FORT. Esperanza.

JUAN. Y voy en pos...

FORT. De venganza.

JUAN. Pues marcharé.

FORT. Diligente.

JUAN. Y velarás?...

FORT. Por los dos.

JUAN. Mi gratitud...

FORT. Mas ansío...

JUAN. Pues mi amor...

FORT. De otra vá en pos...

JUAN. Luego me amas?...

FORT. Desvarío!...
Vé, don Juan.

JUAN. A Dios.

FORT. A Dios.

(Don Juan se vá por la roca; ésta se cierra al tiempo de llegar Rufo, para irse detrás de don Juan.)

RUFO. Y yo, Fortuna negra,
dónde me meto?
Dónde está la fregona
por quien me muero?
Dímelo pronto,
que sufro cual un alma
del purgatorio.

FORT. Métete por la roca
si mas te place;
en fin, busca el camino
que mas te agrade.
Solo te digo,
que Rufa se ha prendado
de un beduino.

RUFO. Qué dices? Y ese mónstruo
cómo se llama?

FORT. Segun me han informado
se llama Alfalfa.
Adios.

RUFO. Y es cierto?
Y por pasto de bestias
mi novia pierdo?...
Vóyme desesperado,
Rufa Rufiana,
asi te quedes coja
de entrambas patas.
Conque me encuentro
conque Rufa me hace
todo un...

VOZ. (*dentro.*) Cabestro.

(Se abre la roca del foro y aparece una enorme cabeza de buey, con cuernos descomunales.)

RUFO. Gran Dios! Qué cornamenta!...
Qué estoy mirando?
Y esa enorme cabeza...
(El buey abre la boca y dice.)

VOZ. (*dentro.*) Es tu retrato.

RUFO. Conque es mi... cuerno!...
Pues traspaso la novia,
no quiero peso.
(Se oculta la cabeza y se cierra la roca.)
Y dime... Se ha ocultado!
Esa es mas negra!
Pues no sufro esa burla...
vengarme es fuerza.
Fortuna amiga,
hazme que yo los vea.
Dudas disipa.

(Abrese la roca estremadamente, y aparece un jardin con estátuas y fuentes. Al pié de ésta, entre el verde follaje, aparecen Rufa y Alfalfa en plática amorosa.)

ESCENA IX.

Dicho, RUFA *y* ALFALFA.

RUFO. Execracion!! Furores!!
Rayos!! Centellas!!
Culebrinas de fuego!
Truenos, blasfemias!
Venga una lanza,
que pinche, y que lo menos
tenga seis varas.

(Sube un mónstruo con una lanza de una altura grandísima, y se la dá a Rufo, y desaparece.)
Bueno, ya estoy armado! Venga tropa,
aunque sea del centro del aberno.

(Abrese la roca y salen demonios con teas, y cabezudos con lanzas.)
Venid, que nada intimidarme puede!
Tengo ya lleno el corazon de fuego!
Venid, y en la lid que se prepara
no quede con cabeza un sarraceno.
Ois, soldados, la cornuda trompa

que nos llama á morder á los beduinos?
Alarde hagamos de guerrera pompa...
la sangre derramad de esos cochinos.
Cada cual del contrario el cráneo rompa
si quiere que le escancien ricos vinos,
y veamos se truecan esos llanos
en mares de ruin sangre de marranos.
Venid, que desde el alto promontorio
el dios Baco nos mira haciendo muecas.
Sus, á lidiar! Tendreis luego un jolgorio
de jamon, de licores, frutas secas.
Animas queden hoy del purgatorio
esos perros, y pierdan sus mantecas.
Nuestras hazañas premiará el destino!
A rabiar ó á morder, y á beber vino.
(vanse todos en algazara.)

MUTACION.
Decoracion Vizantina.

ESCENA X.

AVENNAY *y* ALMERINDA.

AVEN. Es preciso, hermosa mia,
que mitigues tu dolor,
y que escuches
placentera
las ofertas
de mi amor.
ALMER. Es preciso que me dejes
con mi triste situacion,
porque tengo por la pena
destrozado el corazon.
AVEN. Escúchame, campesina,
flor divina
en el pensil de mi amor;
que si me atiendes al cabo,
yo tu esclavo
seré, en vez de tu señor.
Si me miras con ternura;
mi bravura
valor tanto me dará,
que mi anhelo sin segundo
todo un mundo
á tus plantas rendirá.
Tendrás joyas y vasallos,
y caballos;
ricos turbantes de tul;
y tendrás en perlas y oro,
mas tesoro
que la reina de Estambul.
Serás de mi harem la diosa
mas hermosa;
y en pos siempre de tu imán,
te seguirá enamorado
y arrobado,
por do quiera tu sultan
Tendrás soberbios palacios,
y topacios
para el turbante vestir,
tendrás lecho con guirnaldas,
esmeraldas,
y con piedras de zafir.
ALMER. El amor que aqui se encierra,
en la tierra
no hay quien le pueda borrar,
ni comprára mi belleza
la riqueza
que existe en el ancho mar.
Primero que ser tu esposa,
fria losa
mi sepulcro cubrirá;
Si respetas mi tormento,
al momento
de mi lado vete ya.
AVEN. Ingrata! Cien castellanas
ser sultanas
quieren ya de nuestro harem;
aun la hermana de Pelayo
sin desmayo
se unió á Munuza tambien.
Ahi llega. Si no te vence
y convence;
si á odiarme resuelta estás,
en un lago
pestilente,
prontamente
morirás.

ESCENA XI.

HORMESINDA *y* ALMERINDA.

HORM. Eres tú la que esclava ha conducido
el caudillo Avennay á este palacio?
ALMER. Soy la que con su acento dolorido
llena apenada el dilatado espacio;
la que de hado siniestro perseguida
perdió su hogar, su padre, y su adorado,
y de amor por un moro requerida
siente su pecho de dolor prensado.
HORM. Ese dolor podrás trocar en breve
por un placer inmenso y delicioso,
que de la tierra mísera te eleve
á lo increado, en vuelo presuroso.
Del árabe es ligera la cadena
si en su pecho de amor arde la llama,
porque este amor en él todo lo llena,
y destellos de luz do quier derrama;
tu no sabes la célica dulzura
que encierra tan hermoso sentimiento;
aspirando estasiada su ternura,
habitar creerás el firmamento.
Es indomable y fiero el mahometano
de la batalla en el fragor horrible;
siembra la muerte s n piedad su mano,
y es su broncinio brazo irresistible;
pero fiereza tal postra galante
con humildad á la mujer que adora,
y el guerrero trocándose en galante,
á sus plantas vencido gime y llora.
ALMER. Tan entusiasta y plácida pintura
en una mora de estrañar no fuera,
porque en su religion ciega é impura
solo el placer como señor impera;
pero es indigna de asomar al labio
de aquella que atesora alma cristiana,
y hace con ella sin igual agravio
á la nobleza goda soberana.
Y sale sacrilegio tan inmundo
de la hermana del melito Pelayo?
Del gigante que asombro causa al mundo,
lanzando al moro poderoso rayo?
Mientras que con su aliento incontrastable
un nombre eterno legara á la historia,
su hermana, con pasion tan miserable
mancilla su blason, pisa su gloria!
HORM. Almerinda!
ALMER. Silencio! Tú enlazada

con ese moro, hiciste mil pedazos
la honra de Pelayo inmaculada;
rompiste del fraterno amor los lazos.
Cómo pudistes olvidar ni un dia
la religion dulcisima y hermosa
que enaltece la gracia de María,
y de Jesus la sangre generosa?
Cómo olvidaste, pérfida, un instante
que esa creencia célica no muere,
porque Dios por do quier la alza triunfante
sin que ni un punto su esplendor se altere?
Juzgaste, por ventura, alucinada
que al caer el poder de tus mayores,
su santa religion inmaculada
cayó bajo el furor de los traidores?
Juzgaste mal; su llama peregrina
sobre las ruinas luce brilladora;
su luz fulgente, sin igual, divina,
el mundo entero espléndido colora.
Hundió en el Guadalete el rey Rodrigo
de Recaredo el cetro soberano,
pero no pudo sepultar consigo
la santa fé que enalteció su mano.

HORM. Tienes razon. Conozco que mi culpa
es grande, imperdonable, desastrosa;
pero mi amor inmenso es mi disculpa
que férvido del pecho se rebosa.
El con su fuerza se creció en mi mente,
borró en ella la fé, la patria, el nombre,
y en su lugar altiva y prepotente
la imágen bella se elevó de un hombre.

ALMER. Y esa pasion sacrílega es bastante
á disculpar tan espantoso crímen?
Quién olvida á su Dios por un amante?
Vilezas tales nunca se redimen.
Hirviente sangre llorarás por ellas
que de continúo abrasarán tus ojos;
do quier que sientes tus malditas huellas,
arrastrarás del cielo los enojos!
De todos en el mundo aborrecida
terminará tu mísera existencia,
y de tu horrenda mancha circuida
llegarás del Eterno á la presencia:
y él tu infamia y vileza rechazando
confundirá por siempre tu delito,
y de abismo en abismo irás rodando
á los antros horribles del precito.

HORM. Horror!...

ALMER. Allí en eterno desconsuelo
sobre tu frente tu maldad escrita,
en vano el rostro elevarás al cielo,
que de Dios y del hombre estás maldita.

HORM. Ah! *(cae desfallecida.)*

ALMER. Tu frente en el polvo unde, liviana!

ESCENA XII.

Dichas, AVENNAY.

AVEN. Qué grito doloroso á mi ha llegado?
Qué miro! Sin sentido la sultana?

ALMER. El peso de su infamia la ha abrumado.

AVEN. Qué decís?

ALMER. La verdad.

AVEN. Ella culpable?

ALMER. Con su patria y su Dios.

AVEN: No te comprendo.

ALMER. Cómo comprender puedes, miserable,
la causa sacrosanta que defiendo?

HORM. Ay de mi!... *(vuelve en sí.)*

AVEN. Ya en si vuelve.

ALMER. Desdichada!

AVEN. Quién ofenderte pudo, dilo al punto;
y por mas que su raza esté elevada
ante tus plantas le verás difunto.

HORM. No, nadie me ofendió; la luz divina
con su rayo me hirió profundamente;
la prediccion horrible me fascina,
que por su labio penetró en mi mente.

AVEN. Ella la causa fué?

HORM. Fué el instrumento
que Dios en sus venganzas ha escogido.

AVEN. Y rechaza mi amor?

ALMER. Mónstruo sangriento,
siempre de mí serás aborrecido.

AVEN. Rayo de Alá!... Retírate, sultana!
Ola! Guiad, esclavas, sin demora,
de Munuza á la estancia soberana
á vüestra bella é ínclita señora.

HORM. Eterno Dios, á quien vendí vilmente,
mira lo intenso del dolor que siento.
Ah! ten piedad de mi pasion vehemente,
y calma compasivo mi tormento.
(vase con las esclavas.)

ESCENA XIII.

ALMERINDA *y* AVENNAY.

AVEN. Conque nada, nazarena,
basta para hacerte amar
al hombre, que á tus piés pone
riquezas y dignidad?

ALMER. Nada puede de mi patria
hacerme un punto olvidar
del nombre de mis mayores
que venero con lealtad.
De mi patria idolatrada
que viles esclavizais,
y del Dios á quien adoro
y ultraja vuestra maldad.

AVEN. Tú ignoras, necia cristiana,
que del moro el alma audaz,
abriga el amor y el odio
con la misma intensidad?
La pasion que me inspiraste
en furia has hecho trocar,
y sus tremendos rigores
muy en breve sentirás.

ALM. Como tu amor desprecié
tu rabia he de despreciar;
no me espantan tus rigores;
la muerte al punto me dá,
que si de tí me liberta
es el don mas especial.

AVEN. En las fétidas lagunas
que al pié del castillo están,
tu existencia miserable
muy en breve has de acabar,
pero antes ahi amarrada,
el placer contemplarás
que tu dolor inaudito
á mi rostro hace asomar.
Ola! Al punto á esa mujer *(salen moros.)*
á esa columna amarrad. *(la atan á la columna.)*

ALM. Villano!

AVEN. Dí, quién ahora
te puede de mi librar?

(La columna se vuelve un templete de flores, en el que aparece don Juan.)

JUAN. Yo.
AVEN. Maldicion!
ALM. Don Juan mio!
JUAN. Almerinda.
AVEN. Es mi rival.
Conque corazon te falta
mi furia para afrontar;
y de la mágia te sirves
para vencer, desleal?
Yo tambien haré que huya
de mi pecho la lealtad,
y tus armas usaré
y mi poder probarás.
JUAN. Infame!
AVEN. Mágico soy
como tú.
ALM. Cielos, piedad!
AVEN. Genios que me obedeceis,
su vileza castigad.

(Torna á su ser la columna, desapareciendo don Juan y quedando atada Almerinda.)

ALM. Oh, desdichada!...
AVEN. Traed
su criada sin tardar.
(*un moro se vá y vuelve con Rufa.*)
ALM. Ella tambien?
AVEN. Las dos juntas
hoy ante el profeta vais.
ALM. Cruel... (*sale Rufa.*)

ESCENA XIV.

Dichos, RUFA *y* MOROS.

RUFA. Ay señora mia!
AVEN. Desatadlas sin tardar,
y entrambas á las lagunas.
RUFA. Jesucricto! Qué maldad!
AVEN. Llevadlas!
ALM. Señor, Dios mio,
sed mi amparo celestial.
AVEN. Invoca su nombre, imbécil.
que mi poder triunfará. (*se as llevan.*)

ESCENA XV.

HORMESINDA, AVENNAY.

HORM. Deteneos, yo lo quiero;
no las deis muerte inhumano.
AVEN. Cumplo cual buen mahometano,
el deber es lo primero.
HORM. Es una venganza infame
perderla porque no os ama.
AVEN. Con sangre apago mi llama.
HORM. Salvadla, y acaso os ame.
AVEN. Probaré aun, mas si no
quiere atender á mi ruego,
bella sultana, muy luego
tomaré venganza yo. (*vase.*)

ESCENA XVI.

HORMESINDA.

HOMR. En vano será mi afan.
Ay! Desdichada cristiana...
ni yo siendo la sultana
te libro del musulman.
Vengativo el africano
vuela en pos de su esperanza,
y goza en tomar venganza
del inocente cristiano.
Gran Dios, arranca del pecho
este amor que me deshonra;
pierdo mi Dios y mi honra;
sultan, ya estás satisfecho.
Fascinaste mi razon,
mas si no puede salvarme,
yo misma sabré arrancarme
este débil corazon.

MUTACION.

ESCENA XVII.

La escena figura las lagunas del castillo. Salen los MOROS *conduciendo á* RUFA *y* ALMERINDA.

UN MORO. Vamos pronto.
RUFA. Ea, no quiero;
por morir, quién tiene prisa?
ALMER. Sufre, Rufa, con valor
esta última desdicha;
tras un dolor pasajero
se encuentra la eterna vida.
RUFA. Si, pero es esta tan dulce
que dejarla me contrista.
Ay! Rufo de mis entrañas
te quedas sin tu Rufita.

ESCENA XVIII.

Dichos, AVENNAY.

AVEN. Cristiana de pecho duro,
tiembla el rigor de mis iras!
Mira en esas negras aguas
reflejada el alma mia;
turbulenta como ellas,
como ellas negra y sombria...
Pues bien, en su oscuro fondo
que espíritus mil habitan;
en este mismo momento
hallarás tu tumba fria.
ALMER. No tardes, tirano fiero;
que es mucho peor tu vista,
que la muerte que me espera
en ese antro escondida.
RUFA. Ay senora, que el vivir
es una cosa esquisita.
ALMER. No, yo la muerte prefiero.
RUFA. Pues yo prefiero la vida.
ALMER. Señor, acepta propicio
la ofrenda que te dedica
de su pureza, esta débil
criatura desvalida.
RUFA. Rufo... acepta mi memoria.
AVEN. Arrojadlas.
ALMER. Vírgen mia!

(Almerinda y Rufa son arrojadas al agua y luchan con la agonía.)

ALMER. Fortuna, ven en mi amparo.
AVEN. No hay quien libraros consiga.
FORT. (*dentro.*) Mientes, infiel, yo las salvo;
y por si lo dudas, mira.

(Gran trasformacion; las aguas turbias trasfórmánse en cristalinas; detrás del lago aparece una nube estrellada, y en ella está la Fortuna y don Juan. Esta nube se adelanta á recoger á Almerinda y Rufa, que salen de la laguna en una hermosa concha; varias ninfas cruzan tambien en conchas. A este tiempo sale Rufo con su ejército

de cabezudos, y echan á los moros á latigazos. Rufo se apodera de Alfalfa y lo derriba á sus piés, imitando la postura que guarda el Arcángel san Miguel con el diablo. á sus plantas.)

FORT. La media luna se eclipsó en su cielo.
JUAN. La Santa Cruz á los leales guarda.
ALMER. La fortuna y don Juan fueron mi amparo.
RUFO. Voy á atracarme de comer Alfalfa.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una gruta enteramente iluminada por lámparas diabólicas. Al centro una abertura que se abre á su tiempo.

La escena aparece sin ningun actor, á poco sale Alfalfa por la derecha

ESCENA PRIMERA.

ALFALFA.

ALF. Este el sitio debe ser;
no ma atrevo á penetrar.
Quién hay aqui? No responden;
muy densa es la oscuridad.
se me figura que andan;
creo me van á agarrar...
al amo diré que entre.
Eh! Señor, llegad, llegad.
Esta es la gruta espantosa
donde el Mago suele estar.

ESCENA II.

ALFALFA y AVENNAY.

AVEN. A pesar mio, yo ahora
siento un pavor sin igual
al penetrar en un sitio
tan misterioso: llamar
es fuerza al Mágico negro;
huye, pavura tenaz!
Ah! Del señor de esta gruta...
Mágico, vénme á amparar.

ESCENA III.

Dichos y el MÁGICO *negro que sale, abriéndose la boca de la caverna.*

MÁGICO Aqui estoy, qué solicitas?
AVEN. El vencer á mi rival.
MÁGICO Ya mi proteccion te he dado.
Mas no pudo derribar
el poder de la Fortuna.
Equilibradas están
nuestras fuerzas varias veces,
pero otras, suelen dar
los dioses á la Fortuna
su protecion especial.
Si quieres la posesion
de esa Almerinda, has de hallar
valor, para dar la muerte
cuerpo á cuerpo á tu rival.
Con cuanto poder yo tengo
desde ahora puedes contar.
En este momento gozo
de una fuerza colosal;
busca á don Juan, y si le hallas,
el triunfo tuyo será. (*desaparece.*)

ESCENA IV.

AVENNAY y ALFALFA.

AVEN. Por conseguir venganza apetecida
late mi corazon con violencia.
ALF. Por hallar á la hermosa campesina
sostuviera un combate con mil fieras.
AVEN. Necia cristiana, que el amor resistes
conque te brinda un alma sarracena,
si sigues despreciando mis favores,
de don Juan y de ti vengarme es fuerza.
ALF. Sucia Rufiana que el comer resistes
de esta mata de Alfalfa dulce y fresca,
os daré soliman á las dos Rufas,
si tú no paces en mi verde yerba.
AVEN. Pues el Mágico negro nos ampara
en las luchas la suerte será nuestra;
yo te haré, Oh! Almerinda, mi sultana.
ALF. Yo te haré, rica Rufa, una rifeña:
AVEN. Te cargaré de perlas y esmeraldas.
ALF. Yo cargaré á mi Rufo de madera;
dónde están los amantes?
MÁGICO. (*dentro.*) Ahora mismo
encaminan sus pasos á la iglesia,
y á casarse allí van; en el castillo
contiguo á esta caberna ambos se albergan;
no te detengas mas; es ya muy tarde;
que tomeis un disfraz tambien es fuerza.
Venid, y os vestiré de peregrino
(*abrese la gruta.*)
AVEN. A triunfar de ellos voy.
ALF. La gloria es nuestra.

MUTACION; AMENA.

(Campiña; en el fondo un pueblo pintoresco, á un lado un castillo.)

ESCENA V.

AVENNAY, ALFALFA.

ALF. Es este el sitio, señor?
AVEN. Aquí la voz me ha guiado;
aquel castillo será
el que á mi rival dá amparo;
tras de sus muros, se juzga.
libre del ardiente rayo
de mi furor; vive Alá
que nada podrá salvarlo!
El morirá, y Almerinda
mia será, lo he jurado.
ALF. Yo tambien juré que Rufa,
á pesar de aquel gaznápiro
cristianillo que la quiere,
me ha de dar su blanca mano,
y en mi harem será sultana
y él será mi todo un esclavo.
AVEN. Dijo el Mágico que al templo
dirigian ya sus pasos
desde el castillo, y á nadie
se mira... Reconozcamos
con precaucion estos sitios...
ALF. Pero antes no será malo
con trajes de peregrinos
como dijo, disfrazarnos,
no sea que nos agarren
y nos muelan á porrazos.

AVEN. Cobarde!
ALF. Yo lo confieso,
mas no puedo remediarlo.
AVEN. Sígueme; cerca de aquí
nos darán lo necesario;
yo debo impedir al punto
que Almerinda dé su mano
á ese pérfido traidor
que me arrebata su encanto. (*vase.*)
ALF. Sí, venganza! Mas por si me oyen
bueno es decirlo callando. (*vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, ALMERINDA, RUFA, CRIADOS, ALDEANOS *de ambos sexos, con ramos de flores y guirnaldas.*

ALDEAÑO. Viva Almerinda y don Juan!
TODOS. Vivan!
JUAN. Agradece mi deseo
vuestros afectos, pues creo
que hijos del alma serán.
Encantadora Almerinda,
luz del corazon amante,
hoy como nunca radiante
tu faz hechicera y linda,
luce como el sol brillante.
Hermosa y blanca azucena
de puro y divino aróma,
cuyo perfume enagena;
cándida y tierna paloma
de amor y de encanto llena.
Muy en breve en el altar
mia por siempre has de ser,
y tu fé vasme á jurar;
qué mas puedo apetecer?
Qué mas debo desear?
A mi férvida alegría
nada se iguala en el mundo,
es mi gozo sin segundo
y siento en el alma mia
amor intenso y profundo!
A contemplar tus hechizos
consagraré mi existencia;
temiendo siempre tu ausencia,
aspiraré de tus rizos
constantemente la esencia,
Y si la muerte fatal
quiere romper estos lazos,
ese es mi bello ideal,
que uno del otro en los brazos
será un sueño celestial.
ALMER. Mi don Juan idolatrado;
tú vivificas mi ser,
con tu acento entusiasmado,
y el corazon estasiado,
se estremece de placer.
Tuya, mi bien, ser anhelo
con delirante ansiedad;
que contigo, alzando el vuelo,
habitaremos del cielo
en la eterna inmensidad.
Aspirando enamorada
tu dulce amoroso aliento,
mi dicha será colmada,
y oyendo tu puro acento,
será mi pasion pagada.
Con los encantos mayores
nuestra fé se adornará,
y nuestros puros amores
bello porvenir de flores
por siempre embellecerá.
JUAN. Angel de eterna esperanza,
tal me enloquece tu amor,
que enchido de bienandanza,
perjuro olvido, y traidor,
á mi patria y mi venganza.
Sí, mi padre, el noble anciano
perdió infelice la vida
en manos del mahometano,
y por el torpe tirano
gime mi patria oprimida!
Y yo, teniendo un acero
de los godos vengador,
falto á mi deber primero,
y vil pospongo al amor
mi nombre de caballero.
ALMER. De tan venturoso dia
no empañes el claro brillo.
con tu venganza sombría;
reine hoy solo la alegría
mi don Juan, en el castillo.
Que yo con placer mañana
cumpliré la obligacion
de toda esposa cristiana,
y tu lanza y tu bridon
sabré presentarte ufana.
Armaré tu brazo fuerte
para la terrible lid,
y envidiosa de tu suerte,
alentaré al adalid
para dar al moro muerte.
Parte, te diré, animosa;
liberta la noble España
de esa raza tan odiosa,
que al terminar la campaña
te dará el premio tu esposa.
Cuando tornes triunfador
de la canalla insolente,
yo, enchida de puro amor,
verás cual orlo tu frente
con el lauro del valor.
JUAN. Fuerte... Divina mujer!
Quién dichoso no ha de ser
poseyendo tal tesoro?
Toda la furia del moro
á tus plantas has de ver.
Ven... que Dios en el altar
propicio esta union bendiga...
Hoy mia te he de llamar;
y mañana á destrozar
esa canalla enemiga.
ALMER. Partamos... cada momento
es un siglo de tormento.
RUFO. (*dentro.*) Ay! Ay de mí!...
JUAN. No has oido
qué melancólico acento
llegó hasta aquí dolorido?
ALMER. Un hombre corriendo avanza.
RUFA. Es él!...
ALMER. Quién?...
RUFA. Quién ha de ser?...
Rufo...
JUAN. Es cierto.
ALMER. Oh qué placer!...
RUFA. Tambien hoy nuestra esperanza
realizada voy á ver.

ESCENA VII.

Dichos, Rufo.

Rufo. Al fin salvo me hallo! Cuerno!...
Estoy medio chamuscado.
Rufa. De dónde sales, taimado?
Juan. Vienes ahora ..
Rufo. Del infierno.
Almer. Cómo? Del infierno tú?
Rufo. Del infierno en cuerpo y alma;
si hoy comí con mucha calma
con el mismo Belzebú!
Juan. Mas por qué?
Rufo. Me esplicaré,
por un cuadro de ilusion,
por una fascinacion,
de este portento dudé.
Pero me dijo Cupido,
viste á tu Rufina infiel,
por engaño de Luzbel;
y pues que antes lo has creido,
por dudar, vaya al abismo;
y fuí dando tropezones,
hasta encontrar los tizones
del infierno; llegué al mismo,
al mismo infierno, y ví allí
los sabios de aquí, borricos;
los pobres antes, hoy ricos...
Jesús que de cosas ví...
que diferencia de greyes!
De nuestros antepasados
hallé, á muchos condenados;
príncipes, duques y reyes.
Allí el que fué en carretela
hora de carretas tira;
el que antes gozó, hoy suspira;
el que antes no andaba, hoy vuela.
Allí ví mil reuniones
por supuesto, diferentes;
y eran compuestas de gentes
de diferentes naciones.
Allí un gran conquistador
todo su cuerpo quemado,
á su sobrino adorado
le decia con temor;
no pretendas avanzar;
y él decia, avanzar quiero!
Dominaré el orbe entero!
—No, que te vas á estrellar,
dijo el pariente afligido.
Y el otro esclamó con saña,
—Señor, yo me voy á España;
conquistarla he decidido.
—No, dijo el héroe, por Dios
deja en paz los Españoles
que tienen cuatro bemoles;
no vayas de ellos en pós.
—El otro dijo, me inclino
á conseguir anexiones.
—Van á hacerte mil chichones,
dijo el pariente mohino.
Mira que una vez fui yo
y me escapé chamuscado,
y casi sin un soldado.
—Pues voy.—No.—Que sí.—Que no.—
A esto un español avanza
y con el héroe se encara;
si á España vá, suerte avara
tendrá, en vez de su esperanza.
No olvide nunca que allí
aunque á todos respetamos,
de nadie jamás temblamos,
sea estraño ó marroquí.
Que España nunca se vende
ni se compra con dinero;
es pueblo tan caballero
que de pensarlo, se ofende.
Esto dijo, y se ausentó
el tio y el heroècito,
y el español, callandito
á su sitio se volvió.
Allí ya, mirando rota
la fé del anexionista,
con aire asaz egoista
cantó la siguiente jota:
Como en la anexion presumas,
quedarás por tu anexion,
como el gallo de Moron,
cacareando, y sin plumas.
Juan. Jamás vuelvas á dudar
por no bajar al infierno.
Ahora, al templo del Eterno
marchemos.
Todos. Eso, á marchar.

ESCENA VIII.

Dichos, Avennay, Alfalfa, (*de peregrinos.*)

Aven. Detened vuestra partida,
nobles señores, un punto.
De tanto correr cansados,
hambrientos, casi desnudos,
os piden dos peregrinos
hospitalidad, refugio.
Almer. Don Juan, es nuestro deber.
Juan. Yo siempre mi deber cumplo.
En mi castillo no deja
de hallar amparo ninguno.
La hospitalidad ha sido
siempre para el godo un culto.
Entrad en mi casa; en ella
tendrá fin vuestro infortunio.
Aven. Gracias, infanzon piadoso;
mas segun lo que presumo,
celebrais alguna fiesta.
Juan. Mis desposorios.
Aven. Qué escucho?
A tiempo bien placentero
guiar mis pasos le plugò
al cielo, hasta aquí.
Alf. (De miedo
á un tiempo tirito y sudo.)
Aven. Dejad que á vuestra alegria
se pueda juntar mi júbilo;
permitid que al santo templo
os acompañe...
Alf. (Qué apuro!)
Aven. Venid, y agradeceremos
tanto interés.
Aven. (Ah! Ya triunfo!)
(Al ir á marcharse dice dentro la Fortuna.)
Fort. Deteneos, insensatos!
Os engaña ese perjúro.
Juan. Gran Dios!
Almer. Esta voz...
Fort. Mirad
vuestro enemigo sañudo.

(Aparece la Fortuna en un carro triunfal, tirado por génios, y en él van ninfas derramando flores. Desaparecen los trages de peregrinos de Avennay y Alfalfa, y quedan vestidos de moros.)

AVEN. Oh rabia!
ALF. (Llegó la hora.)
ALMER. Gran Dios!
JUAN. Viles...
RUFO. A fé de Rufo
que voy á sembrar de Alfalfa
todos los campos incultos.
FORT. Asi castigo á traidores,
y á la virtud doy el triunfo.
ALDEANOS. Mueran los moros.
RUFO. A ellos.
AVEN. No me arredra ese tumulto.
El poder de un talisman
mas poderoso que el tuyo,
me defenderá... Venid
mis árabes iracundos.

(Salen moros armados y aparece en el horizonte la media luna brillante en una nube trasparente.)

JUAN. Valor!
AVEN. Ves? La media luna
ostenta su brillo puro.
JUAN. Pero el de la cruz divina
le eclipsará con el suyo.

(En una nube rosada aparece una cruz que despide rayos de clara luz, oscureciendo y disipando la media luna hasta que desaparece.)

ALMER. Valednos, divinos cielos!
AVEN. Vil rival, hoy te confundo.
FORT. Españoles valerosos,
acudid, y que robustos
vuestros brazos despedacen
los sarracenos impuros.

(Salen guerreros cristianos y acometen con furia á los moros; D. Juan los acaudilla, y Avennay á los moros.)

FORT. Subid vosotras conmigo,
vereis cual sus iras burlo.

(Almerinda y Rufa suben al carro de la Fortuna; continúa el combate; Rufo y Alfalfa pelean tambien.)

ALF. Cristianillo, en alculcuz
voy á convertirte al punto.
RUFO. Voy á hacer que con tu cuerpo
pasten cuatrocientos burros.
AVEN. Cedeis, cobardes!

(Los moros retroceden y son vencidos por los cristianos, que los acosan.)

AVEN. La mágia
me proteja en tal apuro.

(Aparece un torreon alto, y en él se refugian los moros, cerrando la puerta.)

JUAN. Infames... asi os salvais
de mi furia?
RUFO. Huyen el bulto.
FORT. No les servirá el ardid.
Castíguese su perjurio.

(El torreon se vuelve una gran jaula, donde quedan encerrados Avennay, Alfalfa y los moros.)

AVEN. Traicion!
FORT. Crucemos, don Juan,
el ancho espacio del mundo.

(El carro triunfal baja, sube en él D. Juan y parte hendiendo los aires al son de la música celeste, iluminado por una luz azul; Rufo se acerca á la jaula.)

RUFO. Señores, pasadlo bien!
Hasta mas ver, mamelucos!

ESCENA IX.

SITIO DESIERTO Y FANTASTICO.

(Salen varios cabezudos con instrumentos.)

UN CABEZUDO. Compañeros, los cristianos
han logrado una victoria;
los sectarios de Avennay,
y Avennay mismo en persona,
vencidos y derrotados
su suerte mísera lloran,
y la Fortuna nos manda
celebrar esta derrota;
dancemos con alegria;
viva la cristiana gloria.

(Gran danza de cabezudos; terminada se van todos con algazara y salen tristes y cabizbajos por otro lado, don Juan, Almerinda, Rufo y Rufa.

ESCENA X.

DON JUAN, ALMERINDA, RUFO Y RUFA.

JUAN. Cada vez de estos desiertos
la soledad se prolonga.
ALMER. Y mas á mi pecho amante
cruel sospecha devora.
RUFA. Ay! Rufo de mis entrañas!
RUFO. Ay! Mi Rufita preciosa!
RUFA. Tristes y solos estamos!
RUFO. No, conmigo no estás sola.
JUAN. Bien ha probado esta vez
la Fortuna que está loca,
y que del mortal se burla
inconstante y caprichosa.
Despues que cruzar nos hizo
rápidamente la atmósfera,
cuando el triunfo conseguimos
de la vil canalla mora,
de repente de su carro
con prontitud nos arroja;
y ella los aires hendiendo,
á todos nos abandona,
de estos incultos lugares
en la aridez espantosa.
ALMER. Veo mi don Juan amado,
que de esa deidad la cólera
nace, de que de mi amor
quizás se encuentre celosa,
y por eso de sus iras
nos muestra la saña toda...
UNA VOZ (*dentro.*) A quien de tal modo juzga,
que el genio del mal conozca.

(Salen brujas y brujos con algazara, y se llevan danzando á Almerinda, Don Juan y Rufa.)

RUFA. Ay! Virgen de la Merced.
RUFO. (*gritando.*) Jesucristo me socorra...
(cae al suelo, y se cubre el rostro con la tierra.)

ESCENA XI.

RUFO.

Ya la algazara cesó... (*despues de una pausa.*)
Creo que se han afufado;
y de mí se han olvidado?
Eso mismo pedí yo...
Ya estoy libre... mas solito
en este inmenso desierto...

no tan solo, no por cierto,
que tengo un miedo maldito...
San Juan, San Luis, San Marcelo,
San Pedro, Santo Tobías,
San Roque y San Jeremías...
Todos los Santos del cielo
acudid en mif avor,
que aquí humillado y contrito,
ya confieso midelito
con muy cristiano fervor.
Dué aos ya la pena mia (*se arrodilla.*)
que implora vuestras bondades,
y en aquestas soledadés
dadme alguna compañía.

(Salen á derecha é izquierda y al foro, tres grandes cuadros con perros de presa, y demonios con arreos de caza y escopetas.)

Ave-Maria, *gratia plena;*
pronto me han obedecido;
pero nada he conseguido;
la compañia está buena!
Háse visto tal maldad!
Pinturitas de por medio,
y feas!... Es el remedio
peor que la enfermedad!
Huy que horrendos mascarones!
Y se van á caza? Sí...
Si querrán cazarme á mí?
Huyamos de estas visiones.

(Quiere huir por un lado, y los perros del cuadro le ladran; el cazador le apunta con la escopeta, y abriendo una boca descomunal, arroja fuego por ella.)

Cielos, me vá á chamuscar...
Si en este lado pudiera...

(Vá al otro lado, y se repite el mismo juego.)

No puede ser... no hay manera

(Vá al foro, y lo mismo.)

ni hallo modo de escapar...
Mi afan merece disculpa;
no conozco mi delito...
soy un pecador contrito...
mea culpa, mea culpa!

(Sube un palo alto con una argolla de hierro á cierta altura.)

San Rufo! No hay salvacion
me quieren estrangular...
Hice muy bien en rezar
el acto de contricion,
porque asi puedo con calma
la muerte horrorosa ver...
que si el cuerpo he de perder
lograré salvar el alma.
Ya el aliento se me afufa...
ya la vista se me vá...
Mi Rufa, dónde estará?...
Que me traigan á mi Rufa.

ESCENA XII.

Dichos, Alfalfa *y* Moros *con cordeles.*

Alf. Tu Rufa la vas á ver
muy pronto, cristiano perro...
pero será degollada
con tu amo el Hechicero.
Rufo. Qué dices, Alfalfa ruin?
Producto verde del suelo?
Alf. Lo que digo. Y tú tambien
aquí has de morir, perverso;
ves esa argolla, la ves?
Rufo. Vaya! Mucho que la veo!
Alf. Pues ahí te voy á colgar;
moritos, vamos á ello;
pasad las cuerdas, y un lazo
para echarsele al pescuezo.
Rufo. Moro, porque estoy sin armas
te me atreves; sino...
(*le acomete y los moros le sujetan.*)
Alf. Quieto!...
Cuando arriba patalees,
verás como me divierto.
(*le atan y van á subirle.*)
Ea, á la una, á las dos,
á las tres...

(Al ir á suspenderle, quedan él y los moros colgados.)

Rufo. Ah, Moro feo!
Ahora es la mia...
Alf. Ay de mí!
Rufo. Voy á mandarte al infierno...
Alf. Perdon, cristiano, perdon,
que me ahogo...
Rufo. Buen provecho!
Estira esas lindas patas; (*le tira de los piés.*)
baila con gracia el bolero...
Alf. Misericordia!...
Rufo. Sí tal,
que compararme no quiero
á un Alfalfa en la maldad!
Soy magnánimo en estremo!
(Los baja y coge los cordeles.)
Alf. Zalamelé...
Rufo. Te me burlas?
Fuera espantajos de enmedio.
Todos. Ay! Ay! Ay! (*vanse corriendo.*)
Rufo. Ya que he vencido,
un rato descansar debo.
(*se sienta y sale don Juan.*)

ESCENA XIII.

Rufo, don Juan.

Juan. Hay hombre mas desgraciado!
Rufo. Que al fin os veo, señor!
Juan. De la prenda de mi amor
crueles me han separado.
Rufo. Cielos, los moritos?
Juan. Sí;
y con horrible dureza
llenos de rabia y fiereza
me han hecho venir aquí.
Rufo. Ay Señor, y mi Rufita?
Juan. Cautivas las dos están,
en poder del musulman.
Rufo. Habrá suerte mas maldita!
Juan. Me han condenado á morir;
mas no me espanta la muerte,
sino la infelice suerte
que Almerinda vá á sufrir.
Rufo. No hay esperanza ninguna?
Juan. Sí; aun siento todavía
valor en el alma mia;
aun confio en la Fortuna.

ESCENA XIV.

Dichos, Avennay, Alfalfa, Moros.

Aven. Mal haces en confiar,
que por siempre te abandona,

y á mi furor, tu persona
hoy acaba de entregar.

JUAN. Infame! ..

AVEN. Tu hora ha llegado,
y nadie puede salvarte;
voy al verdugo á entregarte,
y asi me veré vengado...

ALF. Tambien la mia llegó;
Rufo, no te escaparás...

RUFO. Ah! Perro, te no reirás,
si encuentro la mia yo.

JUAN. Cobarde y vil enemigo
que asi mi fin me preságia,
despójate de la mágia
y ven á lidiar conmigo.
Dame, traidor, una espada;
con ella y mi brazo fuerte,
verás trocada la suerte
y tu soberbia humillada.
Abre campo presuroso,
moro aleve, á tu rival,
y en él tu sangre infernal
correrá en rio anchuroso.
Alza, cual manda el honor,
las barreras de un torneo,
y allí mi ardiente deseo
te mostraré y mi valor.
Para vencer la traicion
me dará fuerzas el cielo;
dame, colmando mi anhelo,
una lanza y un troton.
Mas temes la furia mia;
nada tu vileza escucha;
con tu honor tu miedo lucha,
y vence tu cobardía!

AVEN. Me rio de tu impotencia,
que te hace desvariar...
Piensas el triunfo alcanzar?
Ilusoria es tu demencia!
Do quier que sienta su planta
el árabe vencedor,
cual torrente asolador
la tierra entera quebranta.
Mira ya la España toda
á nuestro yugo humillada,
y vencida y desbandada
cual huye la raza goda.
Llorando su infamia van,
sus ponderadas legiones,
y ha roto en cien mil girones
á la Cruz el Alcoran.
Nuestra es, don Juan, la fortuna
que muestra su luz radiante,
y alza su pendon triunfante
la orgullosa media luna.

JUAN. El Dios que el orbe sustenta
y que idolatra el cristiano,
para humillar al pagano
hoy cual vencedor le ostenta;
que él ensalza la proterbia
al traidor enalteciendo,
para luego con estruendo
hacer rodar su soberbia.
Refrenad vuestro desman
raza de cobardes viles,
que en breve como reptiles
nuestros piés os pisarán.
Vuestra condicion de fiera
en el desierto nutrida,
os dá el instinto homicida
del tigre y de la pantera.
Nuestro noble corazon,
grande como generoso,
el aliento poderoso
nos concede del leon;
y en el combate reñido
de la astucia y la lealtad,
con nobleza y dignidad
siempre el leon ha vencido.
Si hoy abatida la España
gime bajo vuestro yugo,
muy en breve á su verdugo
hará temblar en campaña.
De nuestros héroes la gloria
con viva luz brillará,
y sus nombres guardará
con letras de oro la historia,
Y sobre la destruccion
de la inmunda raza mora,
ha de ondear vencedora
la enseña de mi nacion.
Nada podrá resistir
nuestra venganza potente;
el baldon en vuestra frente
lograremos imprimir.
Despojo de nuestro ardor
los hijos de los desiertos,
pira harán sus cuerpos yertos
á la Cruz del Salvador.

AVEN. Si tanto en tu ánimo fias
y crees que tengo miedo,
lo que anhelas te concedo,
ven á terminar tus dias.
En el torneo lidiando
te humillará mi poder,
ven, pues, el polvo á morder
mi lustre y gloria aumentando.

JUAN. Despojo de mi venganza,
moro cobarde, serás
que no abandona jamás
al cristiano la esperanza.
Con ella y la santa fé
que en el corazon encierro,
brazo á brazo, hierro á hierro
de tu audacia triunfaré. (*vanse.*)

RUFO. Tambien tú quieres probar
la pujanza de mi aliento?

ALF. No, que me doy por contento;
vamos á verlos lidiar. (*vanse todos.*)

ESCENA XV.

GRAN DECORACION DEL TORNEO.

AVENNAY *y* ALFALFA; *victorean á un lado.*

AVEN. Están esas nazarenas
dispuestas para el suplicio?

ALF. Si, señor.

AVEN. Podrán huir?

ALF. Las guardan unos genízaros,
que no es posible que puedan
ni respirar sin oirlo.

AVEN. En esta misma mañana
que perezcan es preciso,
esos rebeldes cristianos
que afrontan mi poderío.

ALF. Y tambien ha de morir
aquel perro cristianillo
que sirve á vuestro rival?

AVEN. Sí.
ALF. Qué gusto!
AVEN. Al punto mismo
has preparar el cadalso,
donde esos cuatro atrevidos
pierdan la vida al momento.
A la falda del castillo,
en las montañas contiguas,
junto al lago movedizo
que imita del grande Alá
el sempiterno castigo.
ALF. Voy sin perder un momento;
que tengo un deseo vivo
de colgarme la cabeza
de aquel cristiano en el cinto. (*vase.*)

ESCENA XVI.

AVENNAY.

AVEN. Necio, que piensas vencer
en el torneo mi brio;
á mi venganza terrible
renunciar no determino;
pudiera mi muerte darte
la posesion de ese hechizo,
que con ardiente pasion
hace tiempo que codicio,
y no ha de ser nunca tuyo,
ya que no pueda ser mio.
Ella por tu amor desprecia
del oro los atractivos,
y este cándente volcan
que dentro del pecho animo;
pues con la muerte de entrambos
su amor quedará vencido,
y allá en el Eden podreis
amantes fieles uniros,
porque en la tierra, jamás
lograreis vuestro designio,
en tanto que aliente yo
y quede en mi ser espíritu.

ESCENA XVII.

AVENNAY, DON JUAN, ALFALFA, RUFO.

JUAN. Aqui dispuesto me tienes.
AVEN. Seas, pues, muy bien venido.
RUFO. Por qué me sigues? (*á Alfalfa.*)
ALF. Por qué?
Porque te quiero y estimo.
JUAN. La hora de la lid sangrienta
con afan inmenso ansío.
AVEN. Tambien yo; mas vive Alá
que desarmado te miro.
Viste la cota accrada;
blande el acero bruñido,
embraza la dura lanza,
y á la arena sal conmigo,
sobre un corcel arrogante
que te se iguále en lo altivo.
JUAN. Soy, moro, tu prisionero,
y pendo de tu albedrio;
dame las armas, y al punto
á darte muerte iré al circo.
AVEN. En tu pabellon te esperan,
que te las he prevenido.
JUAN. Dónde el pabellon está,
porque yo no le diviso?
AVEN. Presto mi mágica vara
á él te llevará.
JUAN. Dios mio!
por vuestro nombre sagrado
tan solo á vencer aspiro.
AVEN. Tu última hora ha llegado.
(A una seña suya, salen los moros y se apoderan de don Juan.)
JUAN. Traicion vil! Y es esta, inícuo,
la fé que un árabe guarda?
Vences así á tu enemigo?
AVEN. Nada los medios me importan;
tu cadáver necesito.
JUAN. Fortuna, así me abandonas?
AVEN. Mujer voluble ha nacido;
y tus voces, al llamarla,
se pierden en el vacío.
JUAN. Pues nada me resta ya,
corta de mi vida el hilo;
que es mas horrible el tormento
de mirarte, fementido...
AVEN. Llevadle, y cumpla su suerte
(*se llevan á don Juan.*)
Por fin vengarme consigo. (*vase.*)
ALF. Ven, cristiano... y te daré
un pedazo de tocino. (*le coge por el pescuezo.*)
RUFO. Perro, si me dejas libre
con mi aliento te hago pisto. (*vanse.*)

SELVA CORTA.

ESCENA XVIII.

MONTAÑESES.

MONT. 1.° Veis aquel tablado?
MONT. 2.° Sí.
MONT. 3.° En él se ven cuatro tajos.
MONT. 1.° Porque van á hacer caer
las cabezas de cristianos.
MONT. 2.° Y quiénes son?
MONT. 1.° No sabeis?
Las de nuestos nobles amos!
MONT. 3.° Tambien Almerinda bella,
su esposa, y los dos criados.
MONT. 2.° Rufo y Rufa?
MONT. 1.° Sí, los mismos.
MONT. 3.° Míseros!
MONT. 1.° Es un escándalo!
MONT. 2.° Es necesario ahora mismo
de su suplicio librarlos.
MONT. 3.° Sí, que mueran sus verdugos,
esos perros inhumanos.
MONT. 1.° Jurais salvarlos á todos
ó perecer?
TODOS. Lo juramos.
MONT. 1.° Pues silencio; ya los reos
para subir al cadalso
pasan por aquí; detrás
de ellos, hácia el sitio vamos;
y á una voz de sus verdugos
les libramos esforzados.
MONT. 3.° Sí, por Dios.
MONT. 2.° Y á esos traidores
al infierno los echamos.
MONT. 3.° Ya están ahí...
MONT. 1.° Ves que bella!
Dí, no es de hermosura un pasmo?
Y ha de perecer... por Cristo
que antes perezco yo ufano.

MONT. 2.º Y él, que apuesto y que galan!
Tan altivo y denodado
vá al suplicio, como iba
de las batallas al campo.
MONT. 3.º Parecen los reos ellos,
y él, el caudillo bizarro.

ESCENA XIX.

Dichos, SOLDADOS MOROS, VERDUGOS, ALMERINDA *y* RUFA *con unos sacos pardos largos; detrás* DON JUAN *y* RUFO, *y el último* AVENNAY.

RUFA. Ay! Señora de mi vida
y que trance tan amargo!
ALMER. Resignacion y valor.
Por un punto que suframos,
nos dará el eterno premio
el Dios poderoso y Santo.
JUAN. Por tí, Almerinda adorada,
siento desmayar el ánimo;
si yo solo á morir fuera
despreciára mis tiranos.
RUFO. Señor, hora es de rezar;
Creo en Dios... Ay! Me atraganto...
Rufa...
RUFA. Rufo!
RUFO. Ay, prenda mia!
TODOS. Infelices... (*en voz baja murmullos.*)
AVEN. Sufre y calla
miserable pueblo hispano,
que el árabe vencedor
os ató á su triunfal carro. (*vanse todos.*)

(Gran gruta de peñascos elevados, á cuyo fondo se ve un lago oscuro con manchas rojizas; en el centro se eleva un cadalso grande con cuatro tajos; van saliendo los moros, los verdugos, Almerinda, Rufa, don Juan, Rufo, campesinos, pueblo, y por último Avennay.)

JUAN. Ya de nuestra aciaga suerte
próximo el término vemos;
nuestros amantes estremos
á concluir va la muerte.
ALMER. Don Juan, el mundano duelo
á nuestro ser tan prolijo,
en eterno regocijo
trocaremos en el cielo.
JUAN. Tu grato acento al oir
siento mi aliento inflamar;
ya no conozco pesar
y juzgo dulce morir.
RUFO. Ese discurso tan largo
señor, no me convenció,
porque el morir juzgo yo
que es como la hiel de amargo.
AVEN. (*saliendo.*) Aun están todos con vida?
Cébese el verdugo en ellos!
Al punto sobre sus cuellos
la segur caiga homicida.

(Suben al cadalso Almerinda, don Juan, Rufo y Rufa, y un verdugo con un hacha.)

MONT. 1.º Ya nuestra hora es llegada. (*á los otros.*)
TODOS. Muera el tirano cruel...
AVEN. Atrás, pueblo torpe, infiel,
tu frente baja humillada.
MONT. A ellos!
AVEN. A mí, mis leales;
no quede uno en libertad.

(El pueblo se lanza á los moros; estos los acometen y atan con prontitud.)

Así ira de Alá; mirad
vencidos vuestros parciales.
Llama, cristiana, á tu Eterno
Dios, que te salve de mí...
Mirad, infames, allí (*señala al lago.*)
os espera ya el averno.
ALMER. Nunca Almerinda temió
teniendo á su Dios por guia.
AVEN. Caiga su cabeza impía...
FORT. (*dentro.*) No, que la defiendo yo.

(A esta voz vuela la cuchilla del verdugo, desaparecen las túnicas de los sentenciados, quedando en lujosos trajes fantásticos; el cadalso se trasforma en un templete de flores, rodeado de genios alados; los tajos en columnas con guirnaldas de rosas y pebeteros que arrojan arómas, y toda la decoracion en una mansion risueña y fantástica, con ninfas, genios, guirnaldas y canastillos de flores y gasas, y vistas trasparentes, iluminada con una luz agradable.)

AVEN. Traicion infame!
JUAN. Vencemos
de tu furia asoladora...
AVEN. Aun mi mágia vencedora
te aterrará.
FORT. Lo veremos.

(Aparece la Fortuna en una nube de brillantes estrellas, sobre una rueda de diamantes y piedras preciosas, que tiene á sus piés.)

FORT. Desechad
el mas liviano temor;
la Fortuna y el Amor
os sonrien... Disfrutad.

(Los moros huyen despavoridos. Avennay se hunde por un escotillon; Alfalfa, los genios y las ninfas, ejecutan una preciosa danza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Ruinas. Al foro derecha, campo y lago; á lo lejos una poblacion; á la izquierda un resto de claustro ó capilla arruinada, iluminada por una antorcha. Decoracion media. La ruina se abre á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

AVENNAY *y* ALFALFA.

AVEN. Confundidos nos dejaron;
acaso ya hemos perdido
todo medio de defensa.
Si la Fortuna y Cupido
á la gloria del amor
los condujo, es ya preciso
que renunciemos por siempre
á lograr lo que quisimos.
Sin embargo; el Mago negro
diz que habita en este sitio,
consultémosle otra vez;
me dá pavura ese asilo
ruinoso y desmantelado;
me abandonas, valor mio?
No; vive Alá! No me abato,
mágico, dame tu auxilio.
(Abrése la ruina y se presenta el Mágico negro.)

ESCENA II.

Dichos y el Mágico negro.

Mágico. Aqui estoy; dí lo que quieres.
Alf. Yo no sé por qué tirito!...
Será de frio ó de miedo?
Voy á romperme un colmillo.
Aven. Quiero saber si don Juan
completamente ha vencido.
Mágico. No venció aun. La Fortuna
que está siempre dando giros,
como mujer, y voluble,
voluble tambien ha sido
con los amantes. Su gloria
se disipó, y han caido
á la tierra, miserables,
y andan buscando un asilo.
Alf. Será verdad?
Mágico. (*con voz fuerte.*) Nunca miento;
hora están muertos de frio
y de hambre, no lo dudes.
A don Juan fiero castigo
manda el verdadero Dios,
porque aun no te ha vencido
en venganza de su padre,
y porque olvidarte quiso,
por su pasion fascinado,
de la patria el gran peligro.
Búscale tú, dale muerte,
pues si no, serás perdido.
Aven. Pero de qué modo?
Mágico. Piensa;
adios; bastante te he dicho. (*vase.*)

ESCENA III.

Avennay *y* Alfalfa.

Alf. Bastante ha dicho, no hay duda!
Por Alá, que es mago digno!
Qué ingenio!! Constantemente
debe comer mi apellido.
Aven. Segun lo que reflexiono,
la venganza por mi mismo
debo buscar; ea, corramos
á encontrar á mi enemigo.
Con mis soberbias legiones
treparé por esos riscos,
y no dejaré un cristiano,
por Alá, que quede vivo.
Ponte al frente de tus bravos,
don Juan, y entrambos caudillos
á la luz del sol ardiente
probaremos nuestros brios.
Basta de magos y espectros,
solo combatir ansio,
y entre el fragor del combate,
y en revuelto remolino
de polvo, corceles y hombres,
contemplar en sangre tinto
el cadáver mutilado
de ese rival que abomino.
Ven, reunamos las huestes;
corramos á los peligros,
y en la sangre de españoles
empapemos nuestros linos.

ESCENA IV.

Rufo, *solo.*

Rufo. Vaya un capricho endiablado
que le ha dado á mi señor!
Viviendo de hambre estenuado,
el buen señor ha ideado
mandarme de esplorador.
Quiere que el campo examine
cuando mis piernas flaquean;
que á ese monte me encamine,
y entonces, que determine...
en matarme se recrean!
Alguien llega... Quién vá allá?

ESCENA V.

Rufo *y* Alfalfa, *ambos cubiertos con un albornoz de monte como los montañeses.*

Rufo. Mi rival, no hay duda alguna.
Alf. Mi amo quiere, vive Alá!
que aquí espire... Qué tontuna!
Qué asno es ese?
Rufo. Bruto vá!!
(Arrogancia!) Guardeos Dios,
pocos años, Media Luna.
Alf. Reniego de mi fortuna!
Rufo. Malandrin, que os fablo á vos.
Sí, porque tapo el hocico...
Alf. Si pretendeis rebuznar,
destapaos.
Rufo. Podeis mirar.
Alf. Qué veo! Rufo!!
Rufo. El mesmico.
Alf. Cuando derrengado estás
y proscrito por la ley,
aquí te entras como un buey.
Rufo. Ese buey, tú lo serás.
Alf. Siempre fuiste majadero!
Qué buscais, Rufino aquí?
Rufo. Busco á Alfalfa.
Alf. Héle ante tí.
Mas para qué, saber quiero.
Rufo. No lo capiscais?
Alf. Tal vez.
Rufo. Siempre bárbaros los dos
hemos sido.
Alf. Sí, por Dios.
Rufo. Pienso apretaros la nuez.
Alf. Yo pienso, podenco necio,
en que quereis coces dar,
al que os puede estrangular
porque tiene el puño recio.
Qué hay de igual entre los dos?
Hablais á Alfalfa de Luna
cabestro de la bacuna!
Rufo. Pero mas bruto que vos!
En fin, no admitís camorra?
Alf. Y pensó vuestro magin
que riña con un mastin!
Rufo. Calla, pescuezo de zorra,
que si enarbolo el garrote
el cráneo os aplastaré.
Alf. A mí, zopenco? No sé
como no te hago jigote!
Mas pues lo quieres, Guillen
alza el garrote y nagencia;
no en palacio, á la inclemencia.
Rufo. Pues vamos!
Alf. Guillen Zervé.
Rufo. Vamos.
Alf. No voy, cobardote!

RUFO. Alfalfa, qué pronunciais?
Vos, cobardote llamais
al que os quitó este garrote? (*lo saca.*)
ALF. El mio?... Ya me aplastó.
RUFO. Por el garrote acudid.
ALF. No, que no sois, presumid,
media luna como yo.
RUFO. Tal vez muy errado estais,
y observad mis espeluznos,
y no me echeis mas rebuznos,
sino afuera.
ALF. Adónde vais?
RUFO. A la selva, Alfalfa, voy
donde probaros espero,
que si sois un cancerbero,
cancerbero tambien soy.
ALF. Rufo!
RUFO. Alfalfa!
ALF. Calla!
RUFO. Id!
ALF. Rufo, mas coces no deis
si hoy espichar no quereis.
RUFO. Pronto, á la cuadra venid. (*vanse.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, ALMERINDA *y* RUFA.

JUAN. Cobra aliento, vida mia;
la Fortuna nos desdeña,
pero como ella es voluble,
tal vez ampararnos quiera,
si su socorro imploramos.
ALMER. Ya me abandonan las fuerzas.
RUFA. Y á mí el hambre me atosiga.
Ay! Rufo, dónde te encuentras?
JUAN. Este sitio examinar
le mandé.
RUFA. Si alguna fiera
lo habrá devorado?
JUAN. No lances mas ayes, necia;
andará por esos llanos;
ya vendrá.
ALMER. La sed me aqueja.
Ni siquiera hay un arroyo
en donde beber yo pueda.
(De un trasto que hay junto á las ruinas, brota una fuente con muchos caños de agua.
JUAN. Ah! Otra vez la Fortuna
propicia se nos presenta;
vé que agua tan cristalina!
Llega, amada mia, llega;
y tú tambien, Rufa, ven;
verás, estará muy fresca.
RUFA. Yo quiero cosas calientes;
venga cualquier cosa buena;
que me déu en vez de agua
una pierna de ternera.
JUAN. Ven y bebamos. (*á Almerinda.*)
ALM. Bebamos.
(La fuente desaparece.)
JUAN. Ah! Suerte, suerte perversa!
Desapareció la fuente!
Ni la sed templar nos deja
esa Fortuna inhumana.
FORT. (*dentro.*) Mayor desgracia os espera.
JUAN. Qué escucho? Dime...

ESCENA VII.

FORTUNA *y Dichos.*

FORT. Aquí estoy.
De la Fortuna te quejas
cuando tú tienes la culpa
del mal que á todos suceda?
La mágia tiene sus límites
cual todo tiene en la tierra;
ante el poder del Eterno
todo se humilla y doblega.
Tú has olvidado á tu padre
y el juramento que hicieras;
has olvidado á tu patria
que hoy en peligro se encuentra;
en suma, fuiste mal hijo,
mal patricio. Dios que premia
las virtudes, dá castigos
á los que ingratos no piensan
en buscar de honor y gloria
la siempre bendita senda.
Yo soy voluble, es verdad;
mi rueda da muchas vueltas,
pero aquí te haré justicia
si haces lo que hacer debieras.
Adios; ó nunca me busques,
ó levanta una bandera
de arrepentimiento, y corre,
como el águila que vuela,
tras el carnívoro buitre.
Mira el rabe que incendia
vuestras casas, vuestros campos;
pues cuando la sangre viertas
de ese mónstruo que á tu padre
dió muerte aleve y sangrienta,
llamá á la Fortuna;
entonces coronaré tu cabeza
con tres guirnaldas de flores;
uniré tu amante diestra
con la de Almerinda, y juntos,
gozando dicha suprema,
habitaréis un palacio
de divina rasparencia,
donde soberbias columnas
caprichosamente ruedan,
ostentando deslumbrantes
oro, plata, rubís, perlas.
Adios, y si no me atiendes
maldito, maldito seas. (*vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, ALMERINDA *y* RUFA.

ALMER. Mi don Juan, vuelve en tí. Tu faz siniestra
me llena el alma de pesar y espanto;
se ofusca tu razon ? Toma mi diestra;
con ella enjuga tu copioso llanto.
JUAN. Justa es la maldicion que ella me lanza;
olvidé por amor gloria y honores,
hundí en el polvo mi acerada lanza,
debiéndola blandir contra invasores.
De moros se coronan las montañas
donde la luz del sol primera he visto;
y yo no despedazo sus entrañas
tremolando el pendon de Jesucristo!
Soy un vil español, y un hijo infame;
no á mi padre vengué... justo castigo
el que yo mismo con placer derrame
la sangre de mis ven s, que maldigo.
Pero qué es esto? Mi cabeza se arde;

mi corazon palpita con violencia;
perderé la razon. Soy un cobarde;
maldita está del cielo mi existencia;
mal hijo y mal patricio!! Me averguenzo
de mi mismo; por Dios... qué desvario;
por qué el amor que me infamó no venzo?
Corra mi sangre en anchuroso rio!
Mas no; qué voy á hacer? Mi sangre ahora
no es mia, de la patria es solamente.
Sal al aire, mi espada vencedora;
muestra al moro tu brillo refulgente.
Basta ya de apatía y de quebranto;
dejemos el amor, que hora me llama
sagrada obligacion; deber mas santo.
Por mi padre y mi honor, dejo mi dama.
Prenda del corazon, qué es lo que digo?
Y pudiera dejarte en tal estado?
Mas puedo vacilar? Lucho conmigo,
y no me venzo al fin; soy un malvado!
Eso es, sí; deja al árabe que asole
tus campos, tus hogares, tus hermosas;
deja que altivo su pendon tremole,
y pise tus banderas victoriosas.
Deja á tu padre sin vengar; yo fio
que alcanzarás renombre en nuestra historia.
Mira, don Juan, como de tí me rio...
Já, já, já, de don Juan será la gloria!
Rayo de Dios! quién es quien me apostrofa?
Quién, mal hijo me llama y mal patricio?
Si hasta ahora merecí ludibrio y mofa,
hoy ya parto á la lid bravo y propicio.
Almerinda del alma, queda sola
en el campo desierto de la vida,
como la roja y débil amapola
por vendabal furioso sacudida.
Pero yo volveré por mi tesoro;
vengaré á un padre y á mi amada España,
y á tus piés volveré, prenda que adoro,
á ofrecerte el laurel de la campaña.
Adios, del enemigo los bridones
ya creo contemplar en lontanza,
bárbaros, saludad nuestros pendones.
Padre, patria, Almerinda, adios, Venganza!
(*vase.*)

ESCENA IX.

ALMERINDA *y* RUFA.

ALMER. Espera, solo no partirás;
iré en pos de tí.
RUFA. (*queriendo detenerla.*) Señora...
ALMER. Sígueme, Rufa.
RUFA. No puedo.
Ved cual se abre mi boca.
ALMER. Bien, despreciando peligros
me dispongo á partir sola.
RUFA. Jamás podré consentir...
ALMER. Quieres que al que mi alma adora
vea marchar impasible
á una muerte atroz y pronta,
y que sus pasos no siga?
RUFA. Fuera imprudencia no poca.
ALMER. Calla, alguien llega.
RUFA. Es mi Rufo.
ALMER. Dios mio, misericordia

ESCENA X.

Dichos y RUFO *jadeando.*

RUFA. Donde te has metido?
RUFO. Voy á contaros la historia...
ALMER. Yo nada quiero saber;
es preciso, sin demora,
que de mi amante sigamos
los pasos... Seguidme ahora.
RUFO. El andar me es imposible,
porque el hambre me trastorna.
ALMER. Todos! Hasta mis criados
este dia me abandonan!!
Quedaos; Dios sea mi guía
en las revueltas tortuosas
por do iré descaminada...
Adios, pues, almas de roca;
la suerte castigará
á los que así me abandonan.
Por dónde iré? No lo sé.
Providencia, sé la antorcha
que ilumine mi camino
pues voy fatigada y sola.

ESCENA XI.

RUFO *y* RUFA.

RUFO. Rufina, me hizo llorar.
RUFA. Pues á mi tambien me ha hecho.
RUFO. Acabo de herir el pecho
del que me quiso ultrajar.
RUFA. Cómo?
RUFO. Salimos furiosos
Alfalfa y yo decididos,
y como lobos heridos
dando ahullidos horrorosos...
en fin, por no ser pesado
fuimos al campo á lidiar,
pero comenzó á nevar
y el furor se nos ha helado;
yo le dije á él, «judío»
y el me dijo á mí: «Pilato;»
llamóme perro; yo á él gato;
y sintiendo los dos frio,
dijimos, quede esto asi.
El envainó el chafarote;
yo me guardé mi garrote,
él se fué, yo me volví.
RUFA. Te has portado. Pero ay! Dios,
yo de hambre me estoy muriendo.
RUFO. Yo de eso estoy padeciendo
RUFA. Vamos á morir los dos.
RUFO. No, Rufa del alma; antes
que debamos perecer,
los dos debemos hacer
lo que hacen los navegantes:
cuando ya no hay provisiones,
se mata al mas saludable;
mira si estás manducable,
si tienes buenos jamones.
Antes que morir los dos,
Rufa, no es un disparate
el que tu Rufo te mate.
Luego gozarás de Dios.
RUFA. Bárbaro, te atreverias?...
Pues si voy á perecer...
yo necesito comer...
RUFO. A Alfalfa te comerias...
(Aparece por escotillon Alfalfa, tendido en el suelo diciendo:)
ALF. Comed de Alfalfa, comed;
pero es muy justo advertiros,
que con mi nombre, no pacen

nada mas que los borricos.

(Sube una gran mata de alfalfa, que cubre á Alfalfa y los Rufos; trás esta mata, estarán prevenidas dos enormes cabezas de burros, que instantáneamente se han de poner Rufo y Rufa, los cuales, al verse de aquel modo, salen de ella dando gritos y tropezones. La alfalfa y el Moro desaparecen, y Rufo y Rufa se van por la izquierda dando alaridos y tropezándose.)

ESCENA XII.

ALMERINDA *sale huyendo despavorida.*

ALMER. Favor, don Juan de mi alma!
Si me alcanzan, soy perdida,
y correr ya mas no puedo
muerta de sed y fatiga.
Ya se acercan... si... no hay duda;
socorredme, fuerzas mias...
No puedo... Ese ruido...
Gente hácia aqui se aproxima...
Seré otra vez de esos viles
martirizada, cautiva?

ESCENA XIII.

ALMERINDA, RUFO *y* RUFA.

RUFO. Corre, pues ya estamos libres
de esas cabezas malditas,
RUFA. Ay! la señora. .
RUFO. Escondeos,
porque nos siguen la pista.
Ved cual se acercan furiosos.
ALMER. A aquella montaña altísima
subamos.
RUFO. Subirán
tambien ellos.
ALMER. Pero aprisa;
por allí senda hallaremos; (*señalando dentro.*)
vamos pues.
RUFO. En seguida.
Quién se volviera mochuelo,
culebron, ó lagartija...
Corred, corred... que se acercan...
eso, eso, arriba, arriba. (*vanse.*)

ESCENA XIV.

AVENNAY, ALFALFA, *moros.*

AVEN. Allí están; cercad el monte;
pronto, mis moros, arriba,
prended fuego, y abrasados
habrán de perder las vidas;
fuego á las montañas.
TODOS. Fuego.
ALMER. Sálvame, Fortuna mia.

(Los ribazos que cubren la parte alta del escenario, se convierten en olas; la montaña del foro en una gran embarcacion empabesada. El buque empieza á marchar. Almerinda, Rufo y Rufa sacan sus pañuelos saludando y riéndose de los moros.)

AVEN. No lograrás tus deseos.
El poder de mi enemiga
te ha salvado; pero yo
tambien tengo quien me auxilia.
Mágico negro, haz luego
que la tempestad bravía
enturbie el mar; que los rayos
su embarcacion hagan trizas,
y que de las fieras olas
yo arrebate á esa cautiva.

(Encapótase el cielo; relámpagos, rayos y truenos, efectos del mar irritado. Uno de los rayos cae sobre la embarcacion; el buque se abre en dos pedazos, y se vé caer al mar la contra-figura que represente á Almerinda. Caen tambien las de Rufo y Rufa.)

AVEN. Salvadla, moros, salvadla;
un tesoro por su vida.

DECORACION CORTA DE SELVA.

ESCENA XV.

HORMESINDA.

HORM. Triste condicion la mia!
Enamorada de un moro,
religion, patria y decoro
sacrifico en este dia.
Yo soy con mi Dios impía;
mancillo el amor fraterno,
la cólera del Eterno
por mis culpas alcancé,
y por ellas sufriré
los suplicios del infierno.
Sin Dios, sin patria y sin gloria
vivo errante y fugitiva;
mas quisiera ser cautiva!
Quién honrará mi memoria?
Qué dirá luego la historia
al ver que oprobio y desmayo
dí á los hijos de Pelayo?
La historia me culpará,
la España me execrará...
Justo Dios, mándame un rayo!

ESCENA XVI.

ALFALFA *y* HORMESINDA.

ALF. Señora, buena noticia;
en nuestro poder tenemos,
á la preciosa Almerinda;
dentro de un esquife, huyendo,
iba á perecer ahogada;
pero los nuestros pudieron
sacarla de entre las olas.
Yo tambien, mi Rufa, á tiempo
pude salvar; pero Rufo
salió nadando el primero,
y ambos, sin ver yo por donde
al punto desparecieron.
Ya conducen á Almerinda;
vedla, viene sin aliento.

ESCENA XVII.

Dichos, AVENNAY, ALMERINDA *y moros.*

ALM. Dejadme con mi dolor. (*á los moros.*)
HORM. Mi amor te dará consuelo. (*acercándose.*)
ALM. Puede prestarle en el suelo
quien ha perdido su honor?
HORM. Aunque insultos me prodigues
los tengo bien merecidos;
mas tus tormentos sufridos...
ALM. No quiero que los mitigues.
AVEN. Conque nunca...
ALM. Jamás vos
conseguireis mi ternura;
tengo una alma santa y pura

y temo y adoro á Dios;
y mis pensamientos van,
despues que al Señor del mundo,
á quien tengo amor profundo,
al invencible don Juan.
Ese te busca afanoso (*á Avennay*)
ardiendo en noble esperanza;
vuela con tu aguda lanza
y tu alazan poderoso.
Buscadle armado de malla;
convócale á campo abierto,
y á sus plantas caerás yerto
en el campo de batalla.
Porque un soldado español
vence sin traicion ninguna...
para vencer á la luna
un rayo le basta al sol.
Vuela, haciendo gran alarde,
ponte de don Juan en frente...
mas no irás, que él es valiente
y tú traidor y cobarde.

AVEN. Miserable! (*amenazándola.*)

HORM. Piedad de ella!

ALM. Desprecio la piedad de él!
Cobarde te llamo, infiel,
sin miedo á mi negra estrella;
puedes mi suplicio alzar
de la montaña en la loma;
nunca adoraré á Mahoma
ni á tí, mónstruo, podré amar.
Ya ves que arrogante insisto
en odiarte que es razon;
yo adoro de corazon
al Redentor Jesucristo.
Es falso lo del Coran;
tu religion es patraña,
que á imbéciles solo engaña...
hiéreme! Vence á don Juan;
que si hoy tu furor me inmola,
me verás morir ufana,
contrita, como cristiana,
valiente, como española.

HORM. Por tu vida supliqué
tú me rechazas... te admiro!
Contristada me retiro...
Adios, por tí rogaré. (*interponiéndose.*)

ALM. Detente, y escucha ahora
de tu patria el fiero mal;
mira al árabe infernal
que nuestro suelo devora;
el campo le dejan yerto...
por do quier sangre, aflicciones...
sus potentes escuadrones
todo lo dejan desierto.
Nuestros bravos asturianos,
pocos en número lidian,
y sus proezas envidian
con rabia los mahometanos.
Todos los pueblos de España
en poder están del moro;
perdemos sangre y decoro
en tan desigual campaña.
Es un castigo del cielo,
porque Rodrigo y Witiza
hicieron su honra ceniza
afrentando nuestro suelo.
Sus vicios, á Dios cansaron,
y mandó fieros castigos,
triunfando los enemigos
que de la Arabia llegaron.
Tú tambien, cual esos reyes,
á la España escandalizas;
tú huellas y haces cenizas
de Dios y patria las leyes.
Como Witiza y Rodrigo
tu culpa nuestra honra empaña;
hijos espúreos de España,
ya llegó vuestro castigo.

AVEN. Tanto desman no consiento;
aherreojada la he de ver;
venid, y aquesta mujer
que la den luego tormento.

ALM. Presumirás que me arredra
esa tu furia, cruél?
No, que bien sé que el infiel
tiene el corazon de piedra. (*vase.*)

ESCENA XVIII.

AVENÑAY *y* HORMESINDA.

HORM. Loca está, compadecedla!

AVEN. Verterá toda su sangre,
ya que no sabe apreciar
la clemencia de los árabes.

HORM. Adios, y tened presente,
que el dolor es quien la abate. (*vase.*)

ESCENA XIX.

AVENNAY.

AVEN. Tiempo es ya de terminar
tanta lucha; mis leales
me esperan, pues los cristianos
dicen se acercan audaces
á las puertas de Gijon;
ay de ellos, si mis parciales
están sobre esas montañas!
Si de improviso les caen
tomando todas las sendas!
Tambien es fácil desmayen
mis bravos, que acostumbrados
á la nevada que cae
no están. Pero la mágia
me defenderá.

ESCENA XX.

ALFALFA *y* AVENNAY.

ALF. Avennay
dos santones tartamudos
la licencia para hablarte
piden, porque aseguran
que grandes milagros hacen,
y dicen, que á tu Almerinda
vencerán para que te ame,
sin violencia.

AVEN. Al momento
diles que pasen, que pasen;
y si lo que me aseguras
cumplen, régios caudales
serán su premio. (*vase Alfalfa.*) Mahoma,
propicio ven á ampararme,
que el amor de esa cristiana
ya me tiene delirante.

ESCENA XXI.

Avennay *y* Alfalfa: Rufo, Rufa, *con el traje de santones turcos, fingiéndose tartamudos; soldados y eunucos.*

Rufo. Tan tanta hon...ra á los cielos
agra.. agra...de...c...ce!.. mi cor...cor...
Rufa. Yo tam tam tam bien, seeñor...
Alf. (Valiente par de mochuelos!)
Aven. Conque decis que Almerinda...
Rufo. Os dé mi...co. .co'..
Alf. Señor,
yo los colgaba mejor
de una encina.
Rufo. Coosa linda!
Rufa. Veninimos de la Me...me...ca.
Alf. Que milagros hagan dudo!
Aven. Haced uno.
Rufo. Tartamudo
te ha a ré á á ti...
Alf. (*burlándose.*) Vaya una mueca!
Tartamudo hacerme á mí,
cuando hablo claro, y dee mo onio...
no o pue e do... qui i ta vo o lo ni i o...
Aven. Necio, se burlan de ti?
Alf. De su poder ya no dudo...
Aven. Lo podreis conmigo hacer?
Rufo. Taambien, tambien!...
Aven. Tu poder
es tal? Yo tarta a a mu u do?
Alf. Señor, me me voy... á mar marchar!
Rufo. Y á los mooros preesentes,
puedo ha ha cer que dililigentes
se se pongan á estor nuudar,
á ti el primero.
Aven. A mí? Achi... (*estornuda.*)
Alf. Yo no estortornudo... achi.
Rufo. Bueeno.
Vooosootros.
Todos. Achi!
Rufo. Seereno
quédese ya...
Aven. Confio en tí;
eres santon. Solo queda
con mi esclava; si me amára,
no habrá recompensa cara.
Salgamos. (*vanse menos Rufo y Rufa.*)

ESCENA XXII.

Rufo *y* Rufa.

Rufo. Corra la rueda!
Rufa, cuanto la Fortuna
nos dijo, ya lo hemos hecho;
ahora, en saliendo Almerinda,
los pájaros bolaberunt.
Rufa. Ya está aqui...

ESCENA XXIII.

Dichos y Almerinda.

Almer. Quién me busca?
Rufo. Quien fué salvado en un lecho
con su Rufa, allá en la mar;
quien este traje vistiendo
y haciéndose el tartamudo,
ha conseguido su intento;
la Fortuna nos proteje.
Almer. No lo creo, no lo creo;
otra vez quiere burlarse.
Rufa. Señora, que nos perdemos!
Rufo. Ama tened confianza,
y escapemos al momento.
Almer. No confio en nadie ya.

ESCENA XXIV.

Dichos, la Fortuna.

Fort. Castigaré tu desprecio.
Mágia mia, haz que Avennay
aparezca en ese puerto,
conduciendo á sus secuaces.
Rufo. (Que nos vá á dejar en cueros
la Fortuna, suplicadla.)
Rufa. Suplicadla...
Fort. Ya no es tiempo.
Mira el castigo que doy
á incredulos y soberbios.

(MUTACION de gran decoracion nevada. Juego de batalla en las alturas; los moros bajan persiguiendo á los cristianos, quienes son un momento acorralados; Avennay desarma á don Juan; y en el momento de irse á echar sobre él un peloton de moros, don Juan dice:)

Juan. Fortuna mia, favor.

(Aparecen por ambos costados guerreros españoles; don Juan recobra su acero, y rehace á sus valientes. Desde el primer momento de esta lucha, los moros se apoderan de Almerinda y Rufa. Rufo se esconde por la izquierda. Don Juan desarma á Avennay, y en el momento de herirle, acuden mas guerreros moros por todas partes. Lucha general indecisa. Baja una densisima nube, que impide ver de quién es el triunfo; la escena queda oscura.)

ESCENA XXV.

Sale Rufo *empujado por brujos y brujas.*

Rufo. Qué sitio és este?
Brujas. Aquelarre.
Rufo. Arre qué, decid?
Todas. Chiton.
Bruja. 1.ª Queda en la oscura mansion;
arre, borriquito.
Todas. (*dándole un porrazo.*) Arre.

ESCENA XXVI.

Rufo, *solo.*

Rufo. Heme ya en esta mansion;
aqui seré degollado,
contuso ó estrangulado!...
Quién se vió en tal posicion?
Del miedo dan testimonio
mis dientes; yo estar no quiero
solo... si habrá un compañero?
Quién me acompaña?
Voz dentro. El demonio!
Rufo. Basta; prefiero solito
pasar la vida; me siento
en este lado un momento...
Qué bien se está sentadito.

(El asiento se vuelve una enorme cabeza de Gigante; esta vá saliendo y elevando á Rufo.)

Rufo. Qué es esto? Quién me levanta?
El asiento se endereza...
Ay! Dios, en una cabeza
me elevo aquí, Vírgen santa!
Qué es de un gigante imagino
de altura descomunal...

Cuide usté no me haga mal...
Que estoy muy alto, vecino!
Bájese usted... ay! Que calma!!
Bájeme usté con presteza, (*vá bajando.*)
que se me vá la cabeza,
y he de romperme la crisma !
Ay! ay! ay! Ya me bajó!
que gigante, San Sempronio!
Si parecia un demonio!
Por poco no me estrelló!
Eh! mozo, venga una luz (*grita.*)
que no quiero estar á oscuras!
Todo me hago congeturas!
No viene? (*gritando*)

(Gran relámpago y trueno espantoso.)

La santa Cruz!
me ampare y me favorezca!
Ya tenemos tempestad!
Si es esa la claridad
mejor quiero no amanezca!

VOZ DENTRO. Toma otras luces.

(Atraviesa un gran número de esqueletos con achones, y los últimos llevan un féretro cubierto; esto debe verse entre gasas.)

RUFO. Qué horror !
Quién ha muerto?
VOZ DENTRO. Lo sabrás;
sigue el entierro, y verás.
Sé tú el padrino.
RUFO. Mejor.
Pues ande luego el cortejo... (*se paran.*)
Prosigan, no se detenga...
A quién esperan que venga?...

(Cruza el entierro; Rufo se queda el último, y al ir á entrar, le dice una voz terrible)

VOZ DENTRO. Aléja e.
RUFO. (*remedándole*) Ya me alejo.
No direis quien se murió?
VOZ. Uno de ambos combatientes.
Lidiaron como valientes,
pero uno ya sucumbió.
Si el reloj de esta mansion
seis campanadas dá solo,
será que tu amo, con dolo
perdió la vida en la accion.
Si dá siete, tu esperanza
se cumple; será señal
de que tu dueño, inmortal
dió á padre y patria venganza.
En cuyo caso, felices
todos cuatro vivireis;
sino es así, morireis
maldecidos é infelices.
(*Algazara infernal.*)
Escucha; los condenados
se estremecen, ya el relój
vá á sonar.
RUFO. Ya escucho yo.
Hay momentos deseados;
no suena; voy por allí
á ver...

(Al dirigirse á la izquierda, sale la pierna de un gigante, y dándole una patada, que le hace retroceder, dice la voz.)

VOZ DENTRO. Atrás.
RUFO. (*yendo por otro lado.*) Yo estoy loco!
Veré si en este...
VOZ DENTRO. Tampoco!
RUFO. Pues por el fondo.

(Voz dentro, al tiempo que baja del telar un brazo larguísimo que le suspende de los cabellos.

VOZ DENTRO. Ay de tí!
RUFO. Eh! que me arrancas el pelo!
Uy! uy! uy! como me tira!
aja, já! Ya se retira...
No mas agonías, cielo!
En esa tremenda lucha,
quién venció?
VOZ DENTRO. Llegó la hora.
RUFO. Cuándo vá á sonar?
VOZ DENTRO. Ahora.
RUFO. Pues que sea pronto.
VOZ. Escucha...

(Un relój fúnebre dá muy despacio seis campanadas.)

RUFO. Sudo y tirito á la vez!
Oh! Dios, á quien idolatro...
A ver... una... dos... tres... cuatro...
yo tengo un nudo en la nuez!
Cinco... seis... tremendo instante!
Y se ha parado el relój!
(*carcajadas infernales.*)
Nos hemos perdido!
FORT. DENTRO. (*dá otra campanada*) No.
mira mi poder triunfante.

(Gran mutacion del templo de la Fortuna, formado de columnas de varios tamaños. Estas columnas serán trasparentes y movibles; la rueda de la fortuna al foro; debajo de ella un globo inmenso, al cual hace girar la rueda; sobre las columnas génios sosteniendo guirnaldas.)

ESCENA XXVII.

Dicho, la FORTUNA, DON JUAN, RUFA, ALMERINDA.

JUAN. Se logró nuestra ventura.
RUFA. Ven, Rufo, al pié del dosel.
ALMER. Siempre tuya!
RUFO. Ahi vá un lebrel
que guardará tu verdura.
FORT. Amantes, ya la amargura
dejó de asestar sus tiros;
mas es preciso advertiros
que solo en Dios confieis,
pues mi templo, ya lo veis,
está siempre dando giros.
Don Juan, á tu padre anciano
vengaste, digno guerrero,
y venciste con tu acero
la soberbia del pagano;
la providencia su mano
tiende sobre vuestra sien,
pisad la senda del bien;
salid ninfas de ese caos;
bailad, y regocijaos,
pues estais en un Eden.

(El globo se abre y aparecen en él las ninfas; estas bajan, bailan, y al hacer el grupo final, una luz celeste ilumina la escena. Se cierra el globo; las columnas giran al revés, los genios agitan los cuernos de la abundancia, y cae una corta, pero espesa lluvia de papel dorado, que deberá hacer un magnífico efecto con la luz azulada.)

CUADRO FINAL.

MADRID, 1861.

IMP. DE D. V. DE LALAMA, A CARGO DE PASCUAL CONESA.
Plaza de la Cebada, núm. 66.